

con los perros de Leonberg, raza análoga á la de los Pirineos. Se ha conseguido hoy reproducir el tipo de la verdadera, pero los individuos son muy escasos y no es posible obtenerlos por ningun precio, ó cuando menos, el convento no los cede.

Un caballero llamado Mr. Clarke ofreció cien guineas por dos cachorros y no se los quisieron dar.

El capitán Tomás Brown nos ha facilitado una figura de este perro, representándole como un gran *cocker*. Mr. Martin le clasifica entre los de Terranova y los de Calabria, y nos parece que no está lejos de la verdad.



Fig. 213.—EL PERRO DE AGUAS (RECOBRADOR)

Bernardo, presenta en su exterior todos los indicios de un cruzamiento del gran mastín de los Alpes, de pelo corto, con el perro lobo de los Pirineos, mas esbelto y velludo; y yo creo verdaderamente que este es el origen de tan hermoso animal.

«Me he visto muy apurado, dice Richardson, cuando he querido conocer el verdadero carácter y la historia de esta noble raza de perros; el resultado de mis investigaciones tiende á demostrar que el perro primitivamente adiestrado para el servicio que presta, era un mastín grande y poderoso, de pelo corto, fuertes mandíbulas, color amarillento y una larga y hermosa cola.»

«Los perros del San Bernardo, dice Tschudi, son grandes animales (fig. 225), notables por su fuerza, sus largas lanas, su hocico corto y ancho, su inteligencia y fidelidad. Durante muchas generaciones sucesivas, el tipo se ha conservado intacto y siempre el mismo; pero han muerto tantos individuos, víctimas de los aludes y de los peligros de todo género á que se expusieron, que falta poco para que desaparezcan todos. Su patria es el hospicio del San Bernardo, situado en el desfiladero de una montaña sumamente triste: allí reina el invierno por espacio de ocho ó nueve meses consecutivos, durante los cuales baja con frecuencia el termómetro hasta los 27° R, y aun en medio del estío se hiela el agua todas

las noches. En todo el año no se cuentan diez dias serenos, libres de la sombría aparición de las tempestades, de los torbellinos de nieve ó de las lúgubres nieblas; la temperatura media es inferior á la del cabo Norte. Solo en verano caen grandes copos de nieve: en invierno no se ven sino cristales de hielo, finos y ligeros, tan menudos que, arrastrados por el viento, penetran por las mas estrechas rendijas de las puertas y ventanas. La tempestad los acumula principalmente en los alrededores del hospicio, formando murallas móviles de veinte á treinta piés de altura, que cubren los senderos y los barrancos y están siempre á punto de precipitarse en terribles aludes al menor sacudimiento que agita uno de sus átomos.

Mr. Touald nos da un excelente dibujo de la raza actual de los perros de San Bernardo, muy comun hoy dia, y persiste en que son falderos.

El dibujo que trajo el coronel Smith, directamente del San

» Aquel antiguo paso fué conocido y abierto en los tiempos mas remotos, pues si bien no lo utilizaron las huestes de Aníbal, atravesáronle diversos pueblos antiguos cuando se hallaba en su estado mas salvaje, antes que Augusto lo convirtiese en un gran camino para sus ejércitos y que el emperador Constantino levantara sus piedras miliarias. Sucesivamente fué escalado y cruzaron por él los romanos al mando de Cáicina, los longobardos, los francos y los alemanes; y aun en nuestros dias se ven algunos restos de un templo dedicado á Júpiter Pennin, en honor del cual llamaron los romanos á esta montaña *mons Jovis*. Pero por muy frecuen-

tado que se haya visto siempre ese desfiladero, solo en una buena estacion y en tiempo apacible se puede pasar por él sin temor; durante el invierno, cuando estalla la tormenta ó muge el viento, cuando la nieve cubre las hendiduras ó los barrancos, ofrécese á la vista del viajero, que no conoce el país, caminos tan peligrosos como escarpados. Diríase que hay allí algun genio destructor que reclama todos los años cierto número de victimas, cual otra diosa de la antigüedad. Algunas veces es arrastrado el peregrino por el terrible alud; otras cae en el fondo de un barranco, y hay ocasiones en que, envuelto por la niebla, no encuentra su camino, y muere de hambre y de fatiga en un lugar solitario. Algunos quedan sumidos en un profundo sueño del cual no vuelven á despertar, pues todos cuantos viajan por aquellas alturas cuando hace mucho frio, experimentan casi siempre una necesidad irrisi-

tible de dormir. El frio, la fatiga, la soledad y la monotonía del país, entorpecen la actividad del cerebro; la sangre se detiene en los vasos capilares y la circulacion se paraliza en el resto del cuerpo, hasta que cesa enteramente, primero en los miembros y despues en el cerebro. El infeliz sucumbe entonces en medio de un dulce y apacible sueño. Solo el hombre de mucha fuerza de voluntad puede oponer una resistencia eficaz á ese fatal aletargamiento que sorprende al viajero en las mas diversas posiciones. Los monjes del hospicio encontraron en 1826 un hombre en medio del camino: estaba de pié, con el palo en una mano y la pierna levantada, de tal modo que parecia que iba andando; pero estaba helado y sin vida; un poco mas allá encontraron á un pariente de aquel infeliz, que dormía tambien el sueño de la muerte.

tible de dormir. El frio, la fatiga, la soledad y la monotonía del país, entorpecen la actividad del cerebro; la sangre se detiene en los vasos capilares y la circulacion se paraliza en el resto del cuerpo, hasta que cesa enteramente, primero en los miembros y despues en el cerebro. El infeliz sucumbe entonces en medio de un dulce y apacible sueño. Solo el hombre de mucha fuerza de voluntad puede oponer una resistencia eficaz á ese fatal aletargamiento que sorprende al viajero en las mas diversas posiciones. Los monjes del hospicio encontraron en 1826 un hombre en medio del camino: estaba de pié, con el palo en una mano y la pierna levantada, de tal modo que parecia que iba andando; pero estaba helado y sin vida; un poco mas allá encontraron á un pariente de aquel infeliz, que dormía tambien el sueño de la muerte.



Fig. 214.—EL PERRO DE SAINTONGE Y GASCUÑA

» Sin la actividad cristiana y la generosa abnegacion de los monjes de San Bernardo, aquel paso no seria practicable sino durante algunas semanas del año. Desde el octavo siglo, comenzaron ya aquellos santos varones á consagrarse á la seguridad y al auxilio de los viajeros, servicio que cuesta todos los años unos cincuenta mil francos y se presta gratuitamente. Aquellos grandes edificios de piedra, donde no se apaga nunca el fuego hospitalario, pueden contener á la vez algunos centenares de personas y las provisiones necesarias para tan numerosa poblacion; pero lo que el convento ofrece de mas curioso é interesante, es el servicio de seguridad, que prestan principalmente los perros. Cada dia visitan los pasos mas peligrosos de los senderos dos criados del claustro, partiendo el uno de la última cabaña de abajo, y el otro de la mas elevada: cuando hay temporal ó desprendimiento de grandes masas de nieve, se triplica este número, y salen tambien algunos religiosos, con sus perros, provistos de palas, pértigas, camillas, sondas y diversas bebidas fortificantes. Los expedicionarios siguen toda huella sospechosa, las campanillas suenan continuamente, y se observa con mucha atencion á los perros, adiestrados ya para reconocer la pista del hombre. El instinto de estos animales les impulsa además á emprender correrías aisladas, muy largas á veces, por la orilla de todos los barrancos y los abismos de la montaña; si en-

» Sin la actividad cristiana y la generosa abnegacion de los monjes de San Bernardo, aquel paso no seria practicable sino durante algunas semanas del año. Desde el octavo siglo, comenzaron ya aquellos santos varones á consagrarse á la seguridad y al auxilio de los viajeros, servicio que cuesta todos los años unos cincuenta mil francos y se presta gratuitamente. Aquellos grandes edificios de piedra, donde no se apaga nunca el fuego hospitalario, pueden contener á la vez algunos centenares de personas y las provisiones necesarias para tan numerosa poblacion; pero lo que el convento ofrece de mas curioso é interesante, es el servicio de seguridad, que prestan principalmente los perros. Cada dia visitan los pasos mas peligrosos de los senderos dos criados del claustro, partiendo el uno de la última cabaña de abajo, y el otro de la mas elevada: cuando hay temporal ó desprendimiento de grandes masas de nieve, se triplica este número, y salen tambien algunos religiosos, con sus perros, provistos de palas, pértigas, camillas, sondas y diversas bebidas fortificantes. Los expedicionarios siguen toda huella sospechosa, las campanillas suenan continuamente, y se observa con mucha atencion á los perros, adiestrados ya para reconocer la pista del hombre. El instinto de estos animales les impulsa además á emprender correrías aisladas, muy largas á veces, por la orilla de todos los barrancos y los abismos de la montaña; si encuentran á un hombre helado, vuelven al claustro corriendo con extraordinaria rapidez, ladran fuertemente, y conducen á los monjes al sitio donde se halla el infeliz viajero. Si encuentran al paso alguna gran masa de nieve, la olfatean mucho tiempo para asegurarse de que no oculta ninguna persona, y si observan alguna huella humana, escarban con sus vigorosas uñas y robustas patas hasta que descubren el peregrino enterrado. Cuando no lo consiguen, vuelven inmediatamente al hospicio para buscar socorro. Es costumbre atarles al cuello, ó sobre el lomo, una cestita con alimentos, un barrilito de vino y mantas de lana; el número de las personas salvadas así, muy numeroso por cierto, se registra cuidadosamente en los anales del hospicio. Uno de estos perros, llamado *Júpiter*, que existió en 1830, se hacia notar por sus gigantescas proporciones y clara inteligencia, mas desarrollada aun que la de sus compañeros. Entre el gran número de personas á quienes habia salvado la vida, citábase particularmente á una jóven y su hijo. Como notase cierto dia que pasaban viajeros por cerca del convento, comenzó al instante á seguirles, y reconocida su ausencia poco despues por uno de los monjes, salió á buscarle, guiándose por sus huellas; el perro se habia apostado en un sitio muy peligroso, sobre un precipicio, donde la pobre mujer y su niño estaban á punto de perecer.

» Otro perro llamado *Bandera* salvó á un hombre de una manera muy inteligente. El hombre á quien acompañaba este animal quedó sepultado bajo la nieve, de tal modo, que solo se le veía la cabeza; el perro hizo al punto cuanto pudo para librar al infeliz, pero como la nieve era muy dura, no le fué posible conseguirlo. Entonces comenzó á ladrar con todas sus fuerzas, mirando ansioso á su alrededor, y al ver que nadie respondía á su llamamiento, echó á correr con toda la ligereza de sus piernas, no en dirección al convento, sino hacía un pueblecillo menos lejano del lugar de la catástrofe. Al verle solo, los habitantes comprendieron que había sucedido alguna desgracia, pues harto lo indicaba también

la agitación del noble perro; siguiéronle al instante, y salvaron al hombre, que esperaba el auxilio con la mayor confianza y ansiedad.

» El mas célebre de estos animales fué el famoso *Barry*, que con su fidelidad y valor salvó á mas de cuarenta personas, y cuyo celo era verdaderamente extraordinario. Si se anunciaba á lo léjos algun temporal ó nevada, no era posible detenerle en el convento; veíasele entonces, inquieto y ladrando, registrar sin descanso los lugares peligrosos. El mas conmovedor de sus hechos, durante doce años de servicio, es muy conocido ya: cierto día halló en una gruta de hielo á un niño perdido, medio helado, y sumido en ese sueño pro-

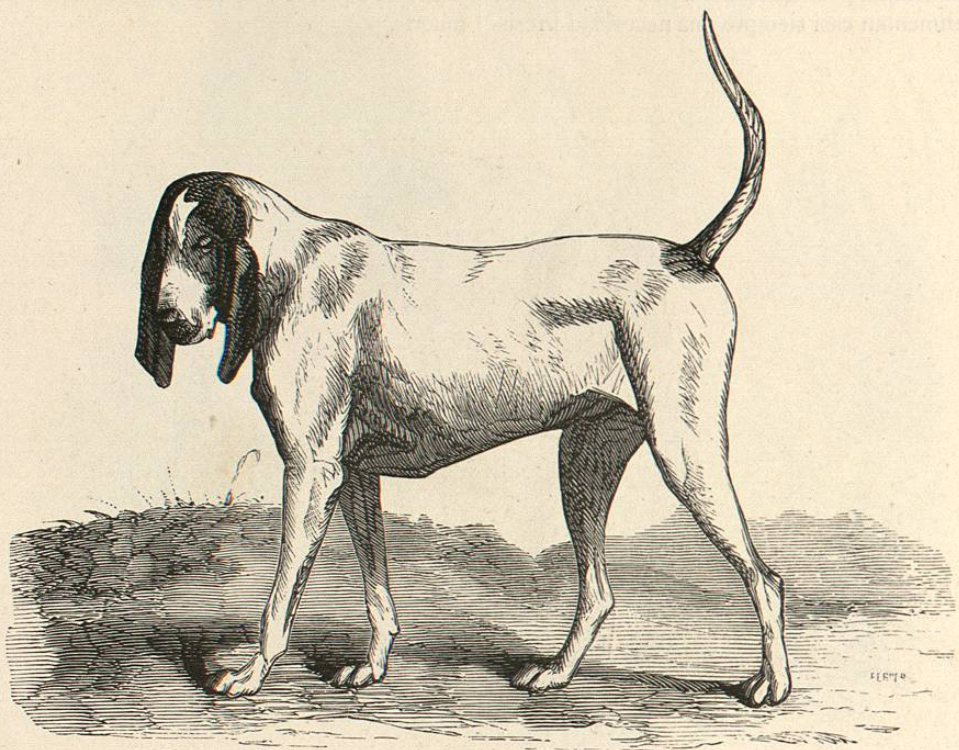


Fig. 215.—EL PERRO DEL ARIEGE

fundo que precede á la muerte. El perro comenzó á lamerle y calentarle hasta que le hubo despertado, y despues á fuerza de caricias le hizo comprender que debía montar sobre él y cogerse al cuello. Hizolo así el niño, y *Barry* entró triunfante en la casa hospitalaria con su preciosa carga.

» Este perro que se hallaba en el hospicio en 1800, cuando pasó por allí el ejército francés, tenía, segun dicen, la singular costumbre de obligar á todos los soldados á quienes encontraba solos á ponerse el arma debajo del brazo, y no les dejaba pasar hasta que se conformaban con esta consigna.

» Cierta vez rehusó obstinadamente franquear un paso peligroso por donde queria hacerle pasar el hermano que le acompañaba. En vez de obedecer, dió un largo rodeo; el monje creyó conveniente imitarle; y á fe que anduvo acertado, pues en el mismo instante, un terrible alud sepultó bajo la nieve el camino de donde le apartara el instinto de *Barry*.

» Citase también el caso de tres soldados franceses, que perdidos en las nieves, á la entrada de la noche, seguían una dirección que les separaba del hospicio y debía conducirlos muy pronto al pié de rocas inaccesibles. *Barry* los vió, llamóles la atención con sus ladridos, se hizo seguir, y se salvaron los tres soldados.

» Cierta tarde, durante un temporal, y hallándose rodeado de espesas nieblas, un viajero vió que se lanzaba á su en-

contro un animal de gran talla, con la boca abierta; creyóse el hombre en peligro, y descargó un vigoroso golpe con su férreo baston sobre el pobre animal, que cayó á sus piés lanzando un gemido. Algunos instantes despues, los religiosos le hicieron comprender y lamentar su error; fueron á buscar al desgraciado perro, tendido sobre la nieve que enrojecia con su sangre, y le prodigaron todos los cuidados que se podrían prestar á un hombre, aunque con poca esperanza. *Barry* fué conducido al hospicio de Berna, pero el hierro habia interesado el cerebro, y á pesar de los esfuerzos de la ciencia, no tardó en morir. Hiciéronle entonces el único honor posible: su cuerpo fué conservado, y se le asignó un puesto en el museo de Berna.

Un poeta ha celebrado este perro, y Tschudi reproduce su canto; pero yo trasladaré aquí la descripción de Scheitlin, que aunque en prosa, es todavía mejor poema. Hé aqui en qué términos se expresa:

«¿Cuál es el mejor de los perros? No es el que despertó á los defensores de Corinto; no es *Bearrillo*, que desgarró centenas de Pieles rojas; no es tampoco el perro del verdugo, que á una orden de su amo acompañó á través del bosque sombrío y peligroso á un viajero poseído de temor; no es el de Dryden, que atacó á cuatro bandoleros, salvando la vida de su amo; no es el de Varsovia, que se precipitó en el Vístula desde

lo alto de un puente para librar á una jóven del furor de las olas; no es el de Montargis, que mató en presencia del rey al asesino de su amo; no es el de Benvenuto Cellini, que despertó al artista cuando iban á robarle; no: el mejor perro que nosotros conocemos es *Barry*, el héroe del San Bernardo, el primero entre todos los perros, el primero entre todos los animales! Tú fuiste un perro excepcional, casi un hombre; tú salvaste la vida á mas de cuarenta personas. Con tu cestita al cuello, llena de provisiones, y con tu barrilito de vino generoso, salías del convento durante las nevadas y las tormentas; recorrias diariamente la montaña buscando á los infelices que yacían sepultados bajo la nieve, y los desenterrabas afanosamente,

ó ibas á buscar socorro al convento cuando no te bastaban tus propias fuerzas. Tú resucitaste los muertos; y tu ternura y compasión debían ser comunicativas, pues de otra manera no se hubiera atrevido á montar sobre tu robusto lomo, ni á dejarse conducir el pobre niño á quien salvaste la vida. Al llegar á la Santa Casa agitaste la campana y pusiste tu preciosa carga entre las manos bienhechoras de los hermanos hospitalarios, marchándote al momento para buscar otras víctimas á quienes pudieras prestar tu generoso auxilio. Salvar á una persona era tu delicia; pero ¿cómo podías hacerte comprender de aquellos á quienes prestabas socorro? ¿Cómo inspirarles valor y confianza? Yo te hubiera concedido el don



Fig. 216.—EL PERRO DE LA VENDEE

de la palabra y muchos hombres se habrían instruido á tu lado. Nunca esperaste á que te llamaran; tú mismo recordabas tu sagrado deber, como lo hace el hombre honrado; y todas tus acciones iban encaminadas á complacer á Dios.

» Si hubieses nacido hombre habrías sido un San Vicente de Paul, fundador de órdenes y conventos caritativos. Durante doce años practicaste el bien con infatigable perseverancia; yo tuve el honor de conocerte en el San Bernardo, y me descubrí ante tu presencia con respeto. Jugabas con tus compañeros, y al tratar de acariciarte, gruñiste; pero era porque no me conocías; yo no ignoraba tu nombre y tu fama; si hubiese sido desgraciado me habrías recibido mejor.

» Tu cuerpo se halla ahora disecado en el Museo de Berna: bien ha hecho el gobierno en mantenerte durante la vejez, aun cuando no podías ya prestar mas servicios á la humanidad.

En el San Gotardo, en el Simplon, en el Grimsel y en la Furca, se conservan, segun indica Tschudi, varios perros que olfatean maravillosamente la presencia del hombre. Los habitantes de los hospicios dicen que estos animales anuncian de antemano, principalmente en invierno, la proximidad de la tormenta, y que lo dan á conocer con su impaciencia y agitación.

Cierta vez viajero obtuvo un perro del San Bernardo; pero el

cambio en el método de vida, así como la falta de ejercicio, modificaron su carácter de tal modo, que se acobardaba al acercarse un perrito, y estaba siempre abatido y triste, pero era sumamente dócil.

El *Amigo*, perro adquirido en el San Bernardo en el año 1829, estuvo de manifiesto en Lóndres y Liverpool. Mr. Clarke de Holborn, gran inteligente en perros, sobre todo de esta especie, facilitó á Mr. Richardson la litografía hecha por él, segun el retrato de este animal, y le dió una descripción completa de los verdaderos perros del Monte San Bernardo, siendo los detalles de las mas reconocidas autoridades.

Acaso fuera la mejor muestra viviente de esta raza el perro que se admiró mucho tiempo en Chatsworth, hermoso animal de asombrosa talla, de pelaje amarillo y hocico negro. También hay uno en el castillo de Elvarton (condado de Derby), por el cual pagó cincuenta guineas lord Harrington. En Dublin eran comunes estos perros: fueron introducidos por un francés llamado Casserane, el cual se estableció como carnicero en el mercado de Ormond y tenía un macho y una hembra. Apenas fueron destetados los cachorros, compráronse inmediatamente por cinco guineas cada uno. Mister Flood Stillorgar posee un magnífico perro de esta raza, y segun dice Richardson, uno de sus parientes tenía también otro. Llamábase *Donna*, y se distinguía por lo retozon; pero

sus caricias eran mas bien brutales que agradables á causa del enorme tamaño del animal. Cierta día que se fué á bañar su amo, *Donna*, que le habia seguido, comenzó á observar con creciente curiosidad los detalles de su tocador de baño, y apenas se hubo echado al agua, lanzóse detrás. Temiendo sin duda por su vida, le cogió por un hombro, y á pesar de la resistencia del hombre, que era tambien muy buen nadador, vióse arrastrado hasta la orilla con mas celo que consi-

deracion. Desde entonces no pudo bañarse delante del perro.

EL PERRO DE AGUAS COMUN—CANIS GENUINUS

De todos los perros de pelo sedoso, este es uno de los mas conocidos, y el mas notable por su inteligencia.

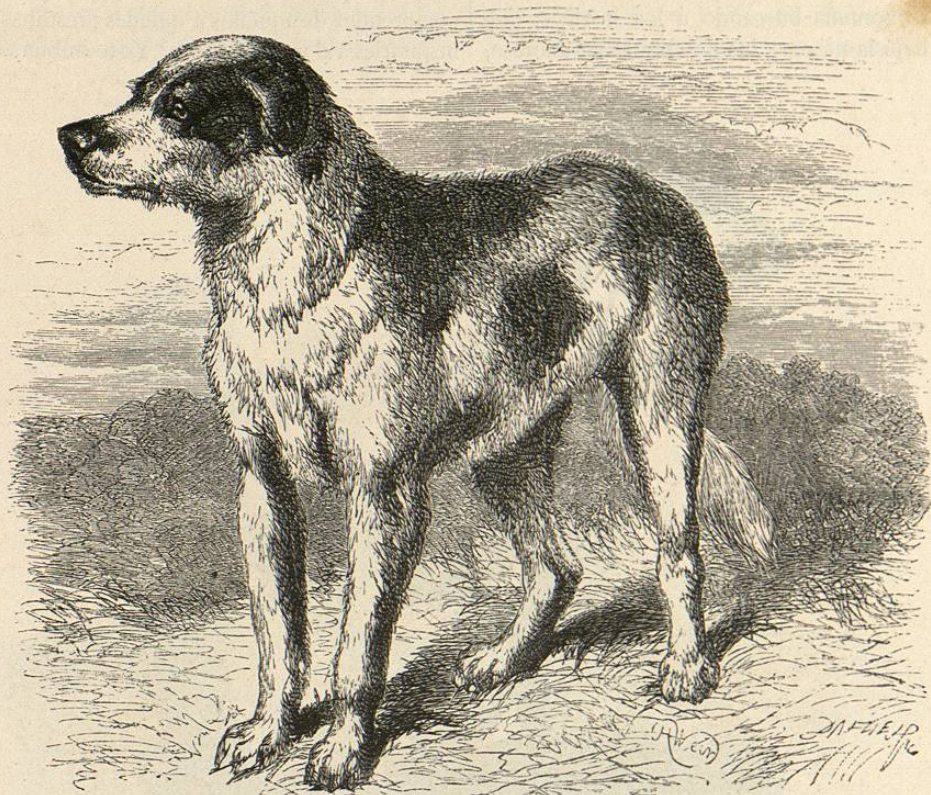


Fig. 217.—EL ALANO O PERRO DE JABALÍ

CARACTÉRES.—Su estatura baja y cuerpo grueso; su cabeza redonda, sus lanas largas, abundantes y rizadas, y sus anchas y prolongadas orejas (fig. 228), lo diferencian de los otros perros. Los mas perfectos son todo blancos ó negros, ó bien de este último color, con una mancha blanca en la frente ó en el pecho. Se encuentran en Dinamarca individuos de pelaje negro, sumamente estimados.

Este animal se asemeja por sus formas al gran perro de aguas; la diferencia principal consiste en tener lana en vez de pelo.

Se necesita mucho cuidado para conservar siempre á este perro limpio y sano. Es preciso peinarle con frecuencia, á fin de destruir los parásitos que de continuo le molestan, esquilándole particularmente los piés y el hocico.

Segun unos, el perro de aguas es originario de Dinamarca; otros, y entre ellos Selincourt, pretenden que procede del Piemonte.

APTITUDES Y USO.—Así como todos los demás perros de pelo sedoso y lanoso, este es muy aficionado al agua: nada admirablemente, y aun en el siglo xvi utilizábanle con frecuencia en la caza de aves acuáticas, en la cual se les emplea aun mucho en Inglaterra. Asimismo se suelen llevar perros de esta raza á bordo de los buques, donde se les enseña á ir á recoger lo que cae al mar, ó apoderarse de los pájaros que se matan al paso. Sin embargo, no es tan audaz como el perro de aguas propiamente dicho, ni puede permanecer tanto tiempo en el líquido elemento. En cambio es

mas activo, mas blando de boca; se le adiestra con mayor facilidad que al otro, y hasta se le puede enseñar á que cace y se ponga de muestra.

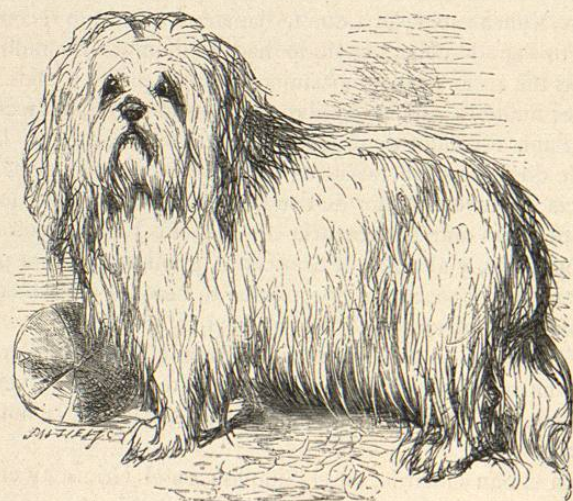


Fig. 218.—EL FERRITO DE MALTA

Desde hace mucho tiempo se utilizan con preferencia las disposiciones de este perro, y ha llegado á ser compañero del hombre hasta un grado que no alcanzará nunca ningun otro animal.

«De todos los perros, dice Scheitlin, este es el que tiene mas bellas formas: su cabeza es la mas hermosa, su cuerpo el mejor formado, y su aspecto el mas noble; tiene el pecho ancho, y las piernas modeladas, ni muy altas, ni demasiado bajas. Su estructura le permite practicar toda clase de ejercicios: aprende solo á bailar; su instinto le impele á tenerse derecho y á andar con las patas traseras para acercarse á su amo; y como sabe que puede hacerlo, repite el ejercicio con frecuencia cuando quiere.

»Tiene el gusto delicado; sabe distinguir perfectamente los alimentos: es goloso, y se hace notar por la sutileza de su olfato, que le permite reconocer la pista de los hijos de su amo cuando se pierden. Bástale para ello olfatear un zapato ú otro objeto cualquiera perteneciente al niño perdido; el perro recuerda su olor, y encuentra la huella, siendo de

notar que rara vez se engaña, pues su olfato es su memoria. Tiene el tacto delicado, el oído muy fino, y es muy sensible al dolor; conoce de léjos la voz, la entonacion, el sonido de la campanilla, y el paso de los inquilinos de la casa; pero su vista no es tan buena, y solo conoce á su amo cuando está cerca.»

Hé aquí, sin embargo, un hecho curioso que parece demostrar que la vista de este animal no deja de ser penetrante. Un perro de aguas tenia la costumbre de acompañar hasta la puerta á la criada cuando llamaban, y luego seguia al recién venido á la habitacion de su amo, silenciosamente si la persona estaba bien vestida, y ladrando si su ropa no era decente. El buen animal vivió mucho tiempo y fué perdiendo sucesivamente el uso de todos sus órganos, siendo el del oído el primero que le faltó. No pudiendo ya percibir el



Fig. 219.—LOS FALDEROS SALTADORES

sonido de la campanilla, colocóse debajo de ella sin dejar de mirarla, atento á la menor oscilacion, y levantábase con presteza, á pesar de su debilidad, tan pronto como llamaban. De este modo pudo continuar llenando sus funciones de introductor.

«Este perro, añade Scheitlin, reconoce perfectamente los lugares. Al cabo de algunas horas, ó de algunos dias, encuentra el camino de su morada; y corriendo por la ciudad y el campo, busca y halla la casa donde ha estado con su amo y se le ha recibido bien. Se le puede enseñar á que vaya á buscar el pan á la tahona y la carne á la carniceria.

»Conoce la marcha del tiempo: sabe cuándo es domingo, cuándo la hora de comer, y cuál es el día señalado para la matanza. Reconoce tambien los colores; la música le produce una impresion particular, y así como hay trozos que le agradan, en cambio no puede sufrir otros.

»El perro de aguas tiene una gran fuerza de observacion; nada se le escapa; llega á comprender, no solo la palabra, sino tambien los gestos y las miradas de su amo.»

«El perro de aguas, dice Scheitlin, tiene muy buena memoria: aunque pasen algunos años se acuerda de las facciones de su amo y del camino que recorrió. Su olfato, por el cual

distingue los objetos y las cosas, le ha valido el renombre de perro inteligente; pero mucho mejor mereceria este título por su facilidad para recordar, puesto que en el mundo oímos decir que tiene inteligencia todo niño dotado de memoria. A esta se debe que se pueda adiestrar con tanta facilidad al perro de aguas, contribuyendo tambien su paciencia, su dulzura y docilidad. Se le puede enseñar á que toque el tambor, á tirar la pistola, á trepar por una escalera, á tomar por asalto una altura defendida por otros perros, y en fin, á todo aquello que se puede enseñar tambien á los caballos y elefantes.

»Es de notar igualmente el instinto de imitacion de este perro, que no deja de tener tambien cierto amor propio. Mira continuamente á su amo, observando lo que hace, cual si quisiera ayudarle, y así como el niño cree que está bien hecho todo cuanto hace su padre, pensando que debe ó puede imitarle, parécete al perro lo mismo respecto á su amo. Si este es mineralogista y busca piedras, el perro las buscará tambien; si practica un agujero en tierra, el animal se cree obligado á imitarle; si se sienta cerca de una ventana, el perro se sube á la silla que esté mas cerca, pone las patas sobre el borde de la ventana, y mira hácia fuera, como si admirase tambien el